

LA SAETA FLAMENCA EN ALMERÍA. ESTADO DE LA CUESTIÓN

ANTONIO SEVILLANO MIRALLES
Investigador Almeriense

SAETA, DOLORIDO *QUEJÍO* DEL PUEBLO LLANO ANDALUZ

*Cantar del pueblo andaluz
que todas las primaveras
anda pidiendo escaleras
para subir a la Cruz*

La rima poética, precisa y preciosa, define como pocas los rasgos esenciales de la Saeta. Lírica encendida de Manuel Machado que nos sitúa geográficamente, marca las fechas propicias y se adentran en la razón última de la copla arraigadamente sureña. Letra de contenido religioso con la que un pueblo, nuestro pueblo andaluz, se dirige a la Divinidad. Lección de antropología individual, no gregaria; directa, sin intermediarios; como un dardo devoto, *sagita* latina dirigida certeramente a “su” Cristo o Virgen.

Pero no siempre fue así. La Real Academia admite tal acepción de vocablo a partir de su 4ª edición, en 1803: *Cada una de las coplillas sentenciosas y morales que suelen decir los misioneros, y que también se suelen decir durante la oración mental*. Por tanto, vemos que aún nada se explicitaba de expresión “jonda”. Para ello, antes de llegar a lo que entendemos por Saeta Flamenca, recorrió un dilatado trayecto. Retrocedamos pues a su génesis.

LOS ORÍGENES

El espacio disponible no permite un relato pormenorizado del ingente material acumulado siglo a siglo. Se impone por tanto una estricta síntesis del legado cultural. Su antigüedad se remonta al Medievo y va indisolublemente unida a la Orden Franciscana (en menor medida a los Descalzos Capuchinos). A los seguidores de Francisco de Asís se debe asimismo la implantación en España del Vía Crucis pasionista, ejercicio importado de sus misiones en Jerusalén y Santos Lugares.

La inicial referencia documentada corresponde a fray Antonio de Escaray, en un librito de largo título: *Voces del dolor nacidas de la multitud de pecados que se comenten por los traje profanos, afeites, escotados y culpables ornatos...; dábales fray Antonio de Escaray, predicador de su Magestad, y Apostólico de Propaganda Fide de las Indias Occidentales, de la ciudad de Querétaro*. Está impreso en 1691. En él precisa:

“Mis hermanos, los reverendos Padres del Convento de Nuestro padre San Francisco, de Sevilla, todos los meses del año hacen misión, bajando la comunidad a andar Víacrucis con sogas y coronas de espinas y, entre paso y paso, cantaban Saetas. Después hay sermón...”.

Pareadas estrofas que en su primigenia métrica eran de esta guisa:

*Quien perdona a su enemigo / a Dios gana por amigo
En asco y horror acaba / todo lo que el mundo alaba
¿Cómo se piensa salvar, / quien no quiere confesar?*

Saetas penetrantes, exhortativas, auténtica catequesis callejera que pretendía mover a la piedad. Diferentes franciscanos y dominicos prosiguieron en la tarea de componer poemas espirituales, sumando a las anteriores, admonitorias y moralista, tercetos rimados de corte narrativo.

De los que se dedicaron con tesón a tal práctica catequética, debemos destacar a fray Antonio de Castro y, especialmente, a fray Diego de Cádiz. La recopilación de la obra del segundo fue editada en 1947 por fray Diego de Valencina, en la que considero más completa colección de letras medievales. Hay que decir que Diego de Valencina misionó por nuestra provincia.

El relevo a los clérigos es tomado por “hermanos del Pecado Mortal”; con tal nombre se reconocían a los fieles de las Cofradías de Ánimas que se extendieron por toda Andalucía (en Almería tenemos noticias de bastantes de ellas). Tétrico debía resultar oír sentencias y avisos apocalípticos proferidos por aquellos procesionantes. Imagínense el momento, tal como relataba Benito Más y Prat en su libro *La tierra de María Santísima*:

“Una noche fría y áspera por las heladas; el lúgubre retumbar de pasos por húmedas y empedradas calles; filas de penitenciales enfundados en sayones de basta arpillerá y portando faroles en cuyos cristales iban pintadas fantásticas alegorías del Infierno”.

Y repasen la fúnebres voces:

*De parte de Dios te aviso / que trates de confesarte / si no quieres condenarte.
Hombre que estás en pecado, / si esta noche murieras / mira bien a donde fueras.
Restituye y paga luego / que una mortaja no más / de este mundo sacarás.
La gula engruesa los cuerpos / con sus regalos profanos / para cebo de gusanos.*

Detengámonos en este hito historiográfico y avancemos en el tiempo. La Desamortización secular a finales del siglo XVIII de Carlos IV, y la posterior de Mendizábal y Madoz en el primer tercio del XIX, produjo dificultades económicas a hermandades y cofradías; un severo control en sus actividades quebrantaron significativamente el número y boato de los cortejos procesionales y, finalmente, la reducción de buen número de ellas, obligando a refundirse distintas advocaciones en la Cofradía Sacramental establecida en determinadas parroquias.

A partir de estas fechas, clérigos y cofrades dejan el cante de Saetas al común del pueblo. Estas siguen cantándose en las calles o el interior del templo, y no siempre durante la Semana Santa. Son las llamadas narrativas o descriptivas: momentos de la Pasión y pasajes de Textos Sagrados (hemos optado por tal clasificación en función de su contenido; existen otras divisiones en función de cada autor). Son cantos llanos, monótonos y repetitivos, salmodiados y sin relieves melódicos. No flamencas; pero vislumbrando ya su pronta incorporación a estilos propios del Arte Andaluz. De aquellas litúrgicas, bíblicas, explicativas, etc., antiguas en suma, han llegado vigentes hasta nuestros días en diferentes localidades andaluzas: Marchena, Puente Genil, Arcos de la Frontera, Loja o, en Almería, Turre.

ANDALUCÍA CANTAORA

Desde siempre, el pueblo andaluz ha tenido marcada inclinación, en el marco de las Bellas Artes, por la Música. Y una parcela nada desdeñable le corresponde al cante, toque y baile Flamenco. Está suficientemente verificado en el transcurso de su historia que el artista se nutre de melodías de muy variados orígenes y contenido; como asimismo de la lírica culta o semiculta. Todo ello, fundido en un crisol purificador, desembocó en la configuración de estilos primigenios, en definidas formas susceptibles de ser acompañadas a la guitarra (en menor cuantía por otros instrumentos). Excepcionalmente, otro grupo se manifiesta melódicamente a “palo seco”, emitidos a través de la garganta sin apoyatura auxiliar rítmica: el grupo de las *tonás*, de vital importancia en el campo que nos ocupa.

Imposible resulta a estas alturas (pese a las varias teorías sustentadas) fijar con precisión el momento en que la saeta plana, escasa de matices y relieves, se sustituye por una “joya” estilística perfectamente pulida y rematada. El protagonismo pasa a ejercerse por el *cantaor* profesional. El *quejío*, súplica o ruego a Jesús y María se vehiculiza a través de la *seguiriya*, *tonás*, *martinete* o *carcelera*. Es la tesis generalmente aceptada. Tesis de la que en cierta medida discrepamos, ya que si efectivamente es por estos “palos” como hoy habitualmente se ejecutan las Saetas artísticas, en sus comienzos no ocurrió exactamente así: el abanico de posibilidades se abría a otras variantes. Un destacado literato de la “Generación del 98”, Eugenio Noel, afirmaba formalmente -*Semana Santa en Sevilla*- que él las había escuchado por *fandangos*, *malagueñas* y *tarantas*. Reprobando, eso sí, lo que consideraba una desviación del folklore andaluz, y por supuesto de la concepción ortodoxa del Cante.

Discrepancias al margen, debemos enumerar, aunque sólo sea selectivamente, a una legión de figuras contrastadas de todos los tiempos que durante su periplo profesional ofrecieron sabiduría y conocimientos en el siempre comprometido ejercicio del “cante por Saetas”:

Enrique el Mellizo, Manuel Torre, Niño de Gloria, Tomás y Pastora Pavón, Manuel Centeno, Manuel Vallejo, Canalejas de Puerto Real, Pepe Marchena, Niña de la Alfalfa o Antonio Mairena.

Pero los estudiosos, por razones que desconozco, omiten sistemáticamente a otro grupo que igualmente le dio brillo y calidad a la saeta Flamenca; me refiero a las raciales tonadilleras y cantaoras que monopolizaron el primer tercio del siglo XX: *Amalia Molina, Rosarillo de Triana, Emilia Benito, Custodia Romero o Niña de Linares.*

A nadie se le escapa la dificultad que entraña su puesta en escena. A la dificultad de los citados estilos y la singularidad del hecho (no hay que olvidar la fuerte emotividad que el saetero soporta en ese instante), se le suma el inconveniente de realizarlo al aire libre: ruido ambiental, condiciones atmosféricas adversas, etc.; y sobre todo, el tener que encarar los tercios sin el arropamiento melódico y tonal que le proporciona la guitarra.

Por los general son coplas de cuatro o cinco versos octosílabos, aunque se den otras formas métricas. Y prolijo sería desmenuzar sus tradicionales orígenes musicales (en su etapa preflamenca), aunque, indudablemente, encontraríamos raíces árabes, bizantinas y judías.

ALMERÍA POR SAETAS

*“Cuatro sayones le siguen,
veinte soldados le aguardan,
y tras Él las tres Marías
llorando van enlutadas”
(Francisco Villaespesa)*

Resulta desesperante adentrarse en la casi nula bibliografía autóctona. La religiosidad popular, y específicamente el apartado musical, es tema por el cual pasan de puntillas los historiadores provinciales. Sólo algún que otro artículo costumbrista, no demasiado fiable por cierto. Mínimas alusiones he hallado en el repaso a Estatutos constituyentes de antiquísimas hermandades y cofradías; y casi nada en el vaciado de la hemeroteca decimonónica. Pero estamos razonablemente seguros de que la tradición se retrotrae a tiempos muy preteritos; y que su esplendor corrió paralelo al resto de provincias andaluzas.

Nos apoyamos en un hecho perfectamente documentado en actas, memorias y legajos oficiales varios: desde el siglo XVI la presencia de intérpretes, gitanos o payos, es constante en celebraciones eclesiales, llámese Navidad, Corpus u Octava. ¿Por qué no hacerlo extensivo a Semana Santa? No hay razones sociales ni antropológicas que abonen un discurso en contra. Discurso aparte serían las formas, la estética expresiva (indefectiblemente en un *corpus* literario de contenido religioso). Pero en cualquier caso, por pura

lógica comparativa, me mantengo en el aserto de que Almería en poco podía diferir de sus hermanas andaluzas. Abono mi tesis en la constatación de una práctica frecuente -aunque poco conocida- en nuestra ciudad. A caballo entre las dos centurias anteriores fue habitual la presencia (a las puertas de concurridos templos) de una legión anónima de ciegos y desheredados de la fortuna -castigados por una sociedad tremendamente injusta-, entonando cánticos en demanda de unas míseras monedas.

Seres desgraciados a los que la Prensa local, cínica y mínimamente solidaria, hostigaba con llamadas a las autoridades para que desaparecieran del paisaje callejero, por la impresión negativa que causaban a propios y extraños. Congratulándose cuando (1918) su estancia no se hizo visible: *“Una de las notas más salientes fue la ausencia de pobres en las puertas de las Iglesias, que otros años, en filas interminables, cantaban la Pasión de Jesús”*. Del contenido de las “pedigüeñas” letras sólo apuntaron que eran *letanías que narraban la Pasión y Muerte de Jesús*. Cancioneros y “hojas volanderas” que sus autores, troveros populares, colgaban en las fachadas de las parroquias para su venta (Eusebio Arrieta, *Semanario Popular*, cita la Iglesia de Santiago). En cambio, el gacetillero redactor de la noticia si se sentía satisfecho de *“las incontables mesas petitorias, a cuyo frente lucían bellas señoritas...”*. O que *“por la tarde (Jueves Santo) nuestras gentiles paisanas, tocadas con la clásica mantilla que recuerda a la España de las manolas y los chisperos, recorrieron las Estaciones y pasearon por nuestras calles”*.

Igualmente, pese a que no hemos podido consultarlo directamente, nos consta, a través del coleccionable editado por *Diario Ideal (Nuestra Semana Santa, 1996)* que el otrora párroco de Oria, Félix García, recopiló textos y tradiciones que tienen puntos en común con diferentes localizaciones andaluzas. Versos en que el autor se recrea con descarnado realismo, y que coincidirían posiblemente con las *letanías* que citábamos anteriormente:

*“El que no vive el amor
de la Doctrina y la Fe
clavará siniestro pie
de Jesús Nuestro Señor.*

*Golpeaba con furor
un clavo fuerte y mal hecho,
al clavar el pie derecho
de Jesús Nuestro Señor.*

*Cuán profundo fue el dolor
al ver el hombre, inhumano,
clavar la siniestra mano
de Jesús Nuestro Señor.*

*De fiereza y de valor
los sayones dieron muestra,*

*al clavar la mano diestra
de Jesús Nuestro Señor.*

*Considera pecador
que la lanza de Longino,
abrió el costado Divino
de Jesús Nuestro Señor”.*

ESPACIOS ESCÉNICOS, CONCURSOS Y “EXALTACIONES”

En el primer tercio del siglo XX fue continua la contratación -Teatro Cervantes, Trianón, Variedades o Apolo- de un ingente número de tonadilleras y cancionetistas de excelente factura artística; extendiéndose la práctica, al coincidir su estancia por Semana Santa, de que montasen cuadros específicos al objeto de dar cabida a las Saetas; incluso estas escenografías eran reclamadas ruidosamente por el público presente. Habitual era también que cantasen en las localidades visitadas, sin que la Prensa de la época se hiciese eco. Valga un escueto ramillete de noticias -en distintos locales y años-:

- *María Albaicín la emperatriz del cante y baile gitano... Seria, sentimental y sugestiva en sus incomparables Saetas..*
- *Aurora Imperio y La Sultanita admiradas por el Arte de su cuadro Andaluz y saetas*
- *Pilar Gienense diquela que es un primor... Pero donde obtuvo un éxito triunfal, clamoroso, fue en la Saeta a la Virgen de las Angustias; desde la actuación de Emilia Benito no habíamos escuchado Saetas semejantes ¡Así se siente!.*
- *El guitarrista Antonio Hernández, consumado concertista, acompaña en el cuadro Semana Santa en Sevilla*
- *Pepita Llanes, interpretando con sabiduría fandangos, fandanguillos, granaínas y Saetas...*
- *Al escenificar un cuadro plástico representativo del Santo Entierro, toma parte la especialista en Saetas, Niña de Linares, artista de voz bonita y bien timbrada.*
- En la década de los Veinte, *La Crónica Meridional* anunciaba que “para la próxima Semana Santa se contratarán afamados cantaores de Saetas sevillanos” (probablemente *Amalia Molina* y *Rosarillo de Triana*).

Dicho lo que antecede hay que significar que los desencuentros entre saeteros y autoridad cofradiera vienen de lejos, aunque sus responsables trataron oportunamente de justificar los hechos. Unas muestras elegidas al azar en fechas anteriores al incivil conflicto bélico del 36/39 lo corroboran:

El hermano mayor de la Real Cofradía del Santo Sepulcro, Eduardo Pérez Cano, se dirige (1928) a los periódicos rogando la publicación de una nota informativa: “... *Que por la manera de marchar la procesión y hacer las paradas, pues las órdenes para ello van transmitiéndose de atrás a adelante, es decir de cola a cabeza, resulta materialmente imposible, so pena de cortar la procesión y de hacer se interrumpa la buena marcha de*

ella, el pararla donde algunas personas, animadas del mejor deseo, desean para cantarles unas saetas a las Sagradas Imágenes. Se ruega por tanto a los señores espectadores no exijan esas paradas”.

O la carta del responsable máximo de La Soledad, Antonio Ramón Hernández (1931), dolido por una gacetilla, a su juicio inexacta, aparecida en el *Diario de Almería* en la que criticaban no haber parado la “carroza” ante el bar La Macarena (Calle Real esquina a la Plaza del Lugarico, zona habitual donde solían concentrarse los aficionados): “... *El hecho de que el trono de la Virgen no parara precisamente en la puerta del bar La Macarena, haciéndolo como lo hizo dos o tres pasos más abajo, no parece lógico pueda justificar la protesta airada que señala el articulista, toda vez que por tan pequeño detalle no se privó a la muchedumbre de ofrendar las saetas a la Virgen, aparte de que el tal lugar, por su angostura y proximidad a varias casas “non sanctas”, no sea el más indicado para las manifestaciones de devoción y piedad”.*

La ciudad fue testigo, paralelamente, de determinados incidentes a cuenta de la oportunidad o no de interpretarlas, motivado por la difícil coyuntura político-social que atravesaba el país y la intransigencia de determinados grupúsculos:

“Durante la procesión (La Soledad, 1931), que iba con verdadero orden, se promovieron carreras dos veces, sin motivo alguno; la primera en la calle Real en el sitio más estrecho, porque algunos querían que parara la Imagen para que cantara saetas un individuo, lo cual no se hizo; de lo que protestaron varias personas, siendo los primeros en correr algunos penitentes que iban encabezando la procesión, y la segunda, también algunos “graciosos” corrieron para causar alarma, como así ocurrió, en perjuicio de los dueños de los cafés y bares localizados en el Boulevard y Paseo del Príncipe...”.

De nuevo a las puertas del Bar La Macarena, enclave especialmente conflictivo, se reproducen los incidentes al paso del Santo Entierro (1934). Saetas sí, saetas no es pretexto para desencadenar alborotos.

Por último, como si de una constante cíclica se tratase, vuelven los altercados. Ahora es en el Paseo (a la altura de Confecciones La Verdad), cuando un hombre se dispone a cantar durante el cortejo del Entierro. *Diario de Almería* equipara el suceso con el de La Soledad, en 1931.

Discurría la primavera de 1949 cuando la Agrupación de Semana Santa convocó el primer concurso saeteril del que tenemos constancia. Las inscripciones se hicieron en el Cuerpo de la Guardia Municipal; estableciéndose premios de 100, 50 y 25 pesetas. No se dio publicidad al número de inscritos ni los vencedores. Al menos no lo he encontrado reflejado en el esquilmado archivo de la Agrupación; tampoco en borradores de Sesiones o Plenos Municipales. Sí figura -y puede que aquí estuviese contemplado el evento- la concesión de una subvención de cuatro mil pesetas a la Agrupación de Cofradías (a petición de su presidente, Francisco de Asís Sáiz Sanz), “*a fin de sufragar los gastos originados por los desfiles procesionales de Semana Santa*”.

La información proporcionada por el diario Yugo es tal que así: “*Durante el desfile de las distintas procesiones, fueron numerosas las saetas que se cantaron, siendo un exponente del sentimiento y religiosidad del pueblo almeriense...*”, apostillando “*que Valentín Marín “Arrierito de Linares”, cantó con el arte que le caracteriza*”. El tópico latiguillo redaccional se repetía año tras año (antes y después de la Guerra incivil), sin precisar situaciones o nombres propios:

“Durante el paso de las Imágenes (en alusión al Santo Entierro) por la carrera, que se hallaba cubierta por numeroso público, se cantaron numerosas saetas a La Dolorosa y a la Pasión y Muerte de Jesús”.

“El paso de la procesión fue presenciado por numerosas personas. En distintas calles del tránsito y en el Paseo del Príncipe se cantaron saetas”.

“Durante la procesión de La Soledad se siguen cantando gran número de saetas, ante un numeroso público apostado en las calles”.

“En el transcurso de las solemnes procesiones de nuestra Semana Santa el público, desde las aceras, tuvo oportunidad de escuchar sentidas saetas”.

La experiencia se suspendió hasta que en 1970 la Peña El Taranto convocó el “Primer Concurso Nacional de Saetas”. Concluidas las fases descritas en sus bases (con comparecencia final en distintos puntos de los recorridos), **José Sorroche Gázquez** se alzó con el puesto de honor; seguido de **Encarnita Morillas** y **Juan Gómez Belmonte**. Optaron a premios y diplomas, entre otros: **Paco Barranquete**, **Rafael Fuentes**, **José Carmona Niño del Taranto**, **Gaspar Guirado**, **Juan García** (de Málaga), **Pepe Albaicín** (Granada) y el renombrado, por la época, **Manuel Gerena** (Sevilla). Al siguiente año, marcado por el declive en la actividad cofradiera (sólo procesionaron Estudiantes, Santo Entierro y La Soledad), el primer premio (patrocinado por el Ayuntamiento) quedó desierto y los restantes fueron adjudicados a **Manuel Ávila**, **Juan Gómez Belmonte**, **José Ortíz**, **José Carmona** y **Francisco Chica**. El postrero intento del Taranto -en comandita con el Ateneo- tuvo lugar en 1980. En una decisión sin aclarar, la cuantía económica fue a manos del malagueño **Antonio de Canillas**.

El relevo al vacío creado fue nuevamente retomado por la Peña El Morato. En sus albores, 1982 -auspiciado por la cofradía del Santo Entierro-, las menciones honoríficas recayeron en **José Sorroche**, **Joaquín Garrido**, **Enrique Gallurt Chiquito de Oria** y **Niño de las Cuevas**. En su larga trayectoria, nombres como **Alfredo Arrebola**, **Antonia López**, **Rocío Segura**, **José Sorroche**, **Niño de las Cuevas**, **Luis el de la Venta Cabrera** (su madre y hermano también cultivaron el género), **Antonio Martín**, **Pepe Barranquete**, **Chiquito de Oria**, **Rafael López**, **Antonio de Trinidad**, **Joaquín Garrido**, **Conchita Padilla** o **Cristobal Muñoz**, han jalonado una larga lista de intervinientes. En el presente año de 2001 alcanzará la XV edición. Certámenes a los que no han sido ajenas controversias -originadas por dispares concepciones en su planteamiento- entre la referida Peña y Hermandades (o Agrupación), motivando que determinadas ediciones -1985, 1986 y 1989- no lo desarrollaran. Distintas firmas comerciales y entidades públicas colaboran regularmente en su sostenimiento. Obviamente, los puntos de cantes deben establecerse,

preferencialmente, en plazas o callejuelas recoletas de nuestro degradado “casco histórico”, donde alcancen el cenit de intimismo, solemnidad y recogimiento que la oración dedicada a *Virgenes, Nazarenos y Crucificados* requiere. O, alternativamente, en la salida y entrada de las respectivas sedes canónicas cofradieras.

Distintos municipios de la provincia han incorporado recientemente la práctica saetera, bien con contrataciones directas o en la modalidad de concurso: Adra, Vélez Rubio, Sorbas, Tabernas, Huércal Overa, Vera, Illar, etc.

La convocatoria (de vida efímera) en Gádor (1986), proclamó triunfadora a **Antonia López**, y a la niña **Mónica Ceba** en el apartado infantil. En Roquetas (1998), **Lole Contreras** inscribe su nombre en el palmarés del “1º Concurso Villa de Roquetas de Mar”, organizado por la Peña El Palangre y la cofradía de Nuestra Señora de los Dolores. **Luis el de la Venta** y **Julio Contreras** le siguieron en orden de méritos.

El 21 de marzo del año 2000 una muy atinada iniciativa, a nuestro juicio, fue puesta en marcha por la Agrupación de Hermandades y Cofradías de la capital. Esa noche abrió sus puertas el Teatro Apolo para cobijar a la “1ª Exaltación de la Saeta”. El numeroso público asistente tuvo la oportunidad de deleitarse ante las bien timbradas voces de **Anabel Navarro**, **Cristóbal Muñoz Joselito**, **José Sorroche** y **Antonio F. García Niño de las Cuevas** (secundados por la Agrupación Musical “San Indalecio”, de la Cañada de San Urbano). Esta Exaltación, nacida con vocación de continuidad, venía a sumarse a la experiencia llevada a cabo en la localidad costera de Adra. Los distintos foros -junto a la presencia activa en la Semana Mayor- sirven de idóneo escaparate donde lucir el espléndido momento por el que atraviesa Almería en el “cante por Saetas”.

HOMBRES Y MUJERES QUE LO PROPICIARON

*“Eres más bonita Virgen
que la nieve en el barranco
que la rosa en el rosal,
que el lirio blanco en el campo
¡Virgen de la Soledad!”*

Independientemente de los citados (“negrita”) en el epígrafe anterior, hay que sumar un abigarrado elenco de nombres, hombres y mujeres, distinguidos en el Arte que nos ocupa. Por orden cronológico y en relación, claro está, no exhaustiva:

Francisco Jiménez Ciego de la Playa. Cantaor, guitarrista y trovero. Autor de las letras que interpretaba y proveedor de sus compañeros. El costumbrista Bernardo Martín del Rey lo localiza, en cita inaplazable, a la puerta de “Los Perdonés” catedralicio, alternando con **Enriqueta la Salve** (de la calle Elvira) la tarde del Jueves Santo (?). Sería en la del Entierro o Soledad, ya que el *Ciego* falleció en 1925. Contemporáneo a ellos fue **Enrique el Puro**, personaje peculiar, asistente militar del general Primo de Rivera, buen conocedor de los cantes autóctonos... y “cuentista” de mucho cuidado.

En los años treinta y cuarenta, la *cañamera* **Nieves Martínez Telares** -hija, hermana y tía de ensoleros aficionados- destacaba cuando, engalanada con su mantilla española, se dirigía a Cristos y Vírgenes desde balcones del Paseo.

Antonio el Mediaolla, regente de un bar en la plaza Romero y camarero del bar Granja Balear; y su colega **Pepe el Pintao**, de otro bar en la Circunvalación del Mercado. O el célebre **Juan Montoya Cataollas**, *amolaor*, experto *restaurador* de humildes lozas domésticas en su cuchitril de la Plaza de San Sebastián.

Asiduos de la Semana Mayor fueron los participantes en “Fiesta sin hilos” (auspiciado, en el *Teatro Apolo*, por Educación y Descanso): **Alfonso Navas**, **Saetos I y II**, **Mariano Viúdez** y **Niño de la Alhóndiga**.

El brigada armero, **maestro Ricardo** (sevillano de nacimiento y almeriense de adopción; destinado en el Regimiento Nápoles nº 24), excelente cantaor y mejor taurino; con renombradas intervenciones desde el Café Español; **Rafael Téllez** y **Rafael Castro**.

De la provincia: **Andrés Ruíz El Garruchero**, el bacareño **José el Chirrín**, **Rafael Reche**, natural de Terque, y **Antonio Sánchez Guerrero Niño de Canjáyar**, que “*por propia iniciativa (1951) se desplazó a nuestra ciudad en cumplimiento de una promesa, dedicando a las veneradas Imágenes una poesía y saetas plenas de sentimiento y muy emotivas*”.

Del entrañable Barrio de Pescadería, un hombre santo y seña de las últimas décadas: **José Gómez Belmonte**. Intuitivo, poderoso, trágico en su expresión canora. Tristemente, **Pepe el Gordo** se nos marchó para siempre...

Ya en la actualidad: **Antonio Sánchez**, **Carmen Segura**, **Juan el del Brindis**, **Manuel Artero**, **Constantino Díaz**, **Joaquín Capel**... (siento que en el imperdonable olvido queden personas sin enumerar). Jóvenes y mayores, que, propiciados por la fuerza centrífuga que ha desplazado parte del protagonismo a los barrios, ya no le es necesario acudir al centro desde Los Molinos, Zapillo, Quemadero, Regiones, Plaza de Toros o Almedina para ofrendar lo mejor de sí mismos en las plácidas noches de nuestra Semana Santa. A la jubilosa explosión de religiosidad popular andaluza que sobrecoge el ánimo de miles de almerienses y visitantes, de *domingo de Ramos* a *viernes Santo*.

*“Descubrid vuestras cabezas
y doblad vuestras rodillas,
que viene triste y llorosa
la Virgen de los Servitas”.*
(Narciso Díaz de Escovar)